

HENRY ALEXANDER GÓMEZ

La noche
apenas respiraba



poesía

La noche apenas respiraba

Henry Alexander Gómez obtuvo mención honorífica en poesía en el IX Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Carmen Boullosa, Antonio Deltoro y Alí Calderón.

COLECCIÓN LETRAS



poesía

HENRY ALEXANDER GÓMEZ

La noche apenas respiraba



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

La noche apenas respiraba
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Henry Alexander Gómez Ríos

ISBN: 978-607-495-636-8

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/34/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

PRUEBA DE BALÍSTICA

Gracias por el árbol
que se interpuso entre la bala del francotirador y yo.
No sé qué fue lo que lo hizo moverse
a la hierba momentos antes de que el Viet Cong
levantara su rifle silencioso.

YUSEF KOMUNYAKAA

Después de la batalla, no había sitio donde
amontonar a nuestros muertos, tan sucios y ojerosos,
desparramados en el pasto como sobras de este duro combate.

ANTONIO CISNEROS

Primer día

Una suerte de poema ciego ardía
a nuestras espaldas.

Cada pequeño niño
era pasado por la máquina y la bota militar
para dejarlo hecho un hombre capaz de arrancarle
el sudor a la noche con su aliento.

El aire quieto del batallón nos respiraba
por la comisura de los labios.

El capitán cosió en nuestras muñecas
las raspaduras de la guerra,
nos ató los tobillos
con el grito del guerrillero dado de baja.

El salto de la liebre fue la gran partitura.

Corrimos por la Plaza de Armas
como quien intenta susurrarle un secreto
al oído del viento,

lloramos en el campo de tiro,
en medio de una risa sideral.

El peso del fusil entonó toda rendición.

Nada termina por crecer en esta tierra,
ni siquiera el silencio y sus pesadillas.

Cada soldado llevaba
un huevo negro en la palma de su mano.

Gas mostaza

Un cielo tejido por la lepra
llenó el canal que había en la falda de la montaña
y nos rodeó de punta a punta.
El teniente Rojas disparó varias veces su lanzagranadas
como quien clausura las puertas de un laberinto
donde la hiedra ha perdido el camino.
Las granadas incendiaron la prisión
y la soga del humo nos apretó el cuello
hasta dejarnos desechos los pulmones.
Incluso el aguacero se colaba
debajo de nuestros cascos de guerra
e intentaba encontrar un pequeño orificio
por dónde respirar.
El infierno tiró al suelo el armamento.
El soldado Orozco le pidió a gritos
a la virgen María
que le atara el cordón de su bota militar.
El sudor de los fusiles, por primera vez,
me expropiaba del aire
y me cosía los huesos uno por uno

a la risa astuta de la guerra.
Nada quedó a salvo,
ni siquiera las uñas aferradas a las paredes de cal.

—Han dejado de ser reclutas —nos gritó
el teniente Rojas—, se acaban de graduar como miembros
activos de las Fuerzas Militares de Colombia —replicó.

Despertamos con el uniforme lleno de odio,
viejos,
como niños expulsados del paraíso,
con una constelación de sombras rotas detrás de las orejas.

Existe en el mundo
un alto riesgo de caer en las cadenas
que nos ofrece la victoria.

Las cosas iban perdiendo su color natural.

Los cuarenta ladrones

El largo bastón que traigo de la guerra
sostiene el arte milenario del hurto calificado.

Cada cosa era usurpada en el ejército:
las toallas, las colchas, las cucardas, la munición;
hasta robábamos el aire que llenaba nuestras bocas
luego de las patrullas nocturnas.

Aprendimos, desde el primer día,
a dormir con los setenta y cinco cartuchos como almohada,
con el Galil anudado al brazo del sueño,
para nunca perder la costumbre de ser víctima
y asesino.

Nacimos, como François Villon, para guardar el mal
en nuestras tiendas de campaña,
para usurparle a Alí Babá cada una de sus sortijas de oro.

No podía ser de otra forma,
vivimos con la certeza de caminar

por el filo de la orilla,
sin ataduras,
o, por lo menos,
con la promesa de robar siempre en el patio donde
Dios habilita todos los comercios.

Corsarios, piratas, bandidos, lobos de asalto,
somos igual que el mal ladrón crucificado
y condenado por Jesucristo,
a imagen y semejanza de Bonnie y Clyde,
de la raza ladina de Lex Luthor.

No fue Vincenzo Peruggia quien robó la Mona Lisa,
fuimos nosotros, los soldados de Colombia,
que siempre andamos con la sed guardada en los bolsillos,
con una tercera mano
para llegar a donde no nos alcanza la suerte.

Hay verdades que simplemente no son nuestras,
pensamientos
semejantes a una gradería de piedra
en la que se asciende al bajar los peldaños:

igual que la guerra: pequeña metáfora
que le hurta los ronquidos a Dios.

El Borracho

El Borracho, le decíamos. Un soldado
que rezaba a media lengua y disparaba
por la culata de su fusil.

El lanza Ramírez era un puñado de niño,
un medio hombre que intentaba cazar tigres
con la mirada perdida.

En la noche no paraba de contar estrellas.

“Borracho, caiga en veintidós de pecho”,
decía el capitán. “Borracho, usted sólo
va a barrer la Plaza de Armas
y va a brillar la estatua de mi general Mosquera
hasta la madrugada”, le ordenaba el dragoneante.
El sargento Maldonado lo levantaba
a las tres de la mañana con un cubo gigante de agua.

Un día, mientras almorzábamos lentejas
bañadas en quenopodio,

se voló los sesos con su Galil AR 7,62.

Dejó una gruesa pasta de sangre
con pedazos de hueso por todo el techo del baño.

Lo levantaron como se ajusta una puerta caída,
como quien pone una cortina negra
para tapar la ventana rota.

Pero el Borracho, el lanza Ramírez,
no paraba de contar estrellas.

Se quedó en el baño,
espantando con su media lengua
y quemando la lluvia con el hedor de sus sesos.
Se le apareció en el espejo al sargento Maldonado
cuando se cepillaba los dientes. Le cerró la llave del agua
al cabo Zapata mientras se duchaba.
“Te voy a matar, maricón”, dicen que le susurró
al dragoneante Otálora, luego de voltear a un soldado
que lavaba el piso de los retretes.
Con mis huesos tiznados por el estruendo del miedo,
sentí su torpe respiración una noche
que fui al orinal, luego de prestar guardia.

Éramos soldados con el corazón disfrazado
por la muerte, intentando olvidar el rostro de la madrugada
traspasado por el rojo cañón de nuestros fusiles.

El sargento Maldonado
pidió la baja.

El lanza Ramírez, el Borracho,

nunca paró de contar estrellas.

La guardia

Escribo mi voz en la garita

donde otros soldados han grabado sus últimos secretos.
Cada quién busca una palabra, un símbolo,
un pequeño molino de viento que lo soporte en la memoria,
y fundar así un tiempo sin orillas.

Cuántos hombres han escrito acá su despropósito,
cuántos más habrán de esculpir sus iniciales con la bayoneta
para dejar una huella imborrable
en los muros lejanos del pensamiento.

Siempre habrá en la garita un soldado,
un pequeño niño apuntando su Galil hacia la madrugada,
la silueta anónima que vigila
y se masturba al soñar con la muchacha que vende tintos
en la puerta del batallón.

Digo que es el mismo diablo
quien escribe en estas cuatro paredes,

la mandíbula torcida del ángel quien señala los viejos
pedazos de sol que entran por la ventana.

Arrojo mi voz para que los días se encojan y perdure
mi palabra en la boca quebrada de quien ha de sucederme.

Pero los días finales truenan
como una granada lenta que parte el tiempo en dos.

De patrulla

Las mujeres

venían desde cualquier rincón
y nos saludaban
con sus pañolones caídos. Fundaban
todo un continente en nuestras vísceras.

—Yo le pago la que quiera,
soldado Gómez —decía el capitán—,
usted sólo escoja.

El Escalón Rojo era un vendaval de frutas ácidas
moviéndose a lo Héctor Lavoe. Las extrañas
genealogías del amor
crecían desde la barra del bar al lanzagranadas
terciado a mis espaldas.

El humo escarlata
de los cigarrillos se acomodaba en los sillones
donde cada soldado urdía la geometría simple
de los mundos inacabados.

—Vengo desde atrás de la lluvia —me decía
Maritza, y su rímel se propagaba por el aire
hasta llenar de estrellas
cada puesto de guardia en el batallón.

Augurio

El agua florecía en el corazón del muerto
y anunciaba la próxima derrota.
Nos habituamos a contar profetas abatidos en combate.
Las mil estaciones de la lluvia se expandían
por el alojamiento de la Compañía Ayacucho y,
en medio de una quietud solapada,
jugaban una ruleta rusa
que medía la delgadez de cada soldado.

Padilla se pegó un tiro en la garita Cuatro Vientos,
mirando la fotografía de una mujer de la cual
no recordaba su nombre.
En cambio Jiménez murió de un navajazo en el cuello
por gritar el nombre de una prostituta
en un burdel del barrio Siete de Agosto.

Arévalo, jugando a imitar a Sylvester Stallone,
soltando balas de cañón como semillas de trigo en la siega,
le disparó sin querer al lanza Gutiérrez de quien sólo quedó
un par de audífonos que tronaban

el *Imaginations from the Other Side* de la agrupación
Blind Guardian.

Luego del estallido de una bala de salva
en el rostro del soldado Martínez,
lo que le dejó un ojo inservible, comprendimos
el arte de las cartas puestas sobre la mesa,
la quiromántica lectura del universo que bailaba
sobre nuestros cascos de guerra.

La noche mostró sus dientes
y un lienzo de tierra
nos bautizó con un aire leproso
de polainas incendiadas.

Entonces,
nos acomodamos cada uno en su catre
e intercambiábamos guijarros, migajas de pan, silencios.
Todo, para no estar solos.

Catatumbas

Luego de una tacada de veintidós carambolas
en el rústico billar del casino
descendemos al “sótano” de la Compañía Ayacucho.

A través de un pasillo subterráneo
que se cuele de extremo a extremo del edificio,
y por una grieta,
abierta por algún temblor de tierra,
violamos la puerta secreta que lleva al inframundo.

Una vasta red de túneles
nos muestra las alucinadas formas de la noche,
su oculto galope por entre las guardas del tiempo.

—Atrás está el Bronx
y adelante los túneles que llegan al Congreso —dice Rojas,
mientras suelta en una hoja de papel
unos gramos de marihuana.

Las pátinas de sombra
y las pequeñas luces se bifurcan
hacia cada lado creando un extraño laberinto
que haría enloquecer a Teseo.

—Fue en la época de la persecución
a los jesuitas —agrega Martínez—, ellos construyeron
estos pasadizos para ocultarse o escabullirse. Tienen
cientos de kilómetros, unos van hasta el Palacio de Justicia,
otros hasta la Casa de Nariño.

De soldados pasamos a ser espeleólogos,
artesanos de la locura
o escribanos en los largos conjuros
de la mitología urbana y vamos de galería en galería,
entre los estrechos pasillos que no van a ninguna parte,
y oímos una música más allá de las volutas de tierra.

—Son los cuerpos del 9 de abril
que descansan en sus muros —se oye otra voz desde el umbral,
atizada por un walkman que huele demasiado a AC/DC.

Un ruido de muertos, una tormenta de máquinas,
un carbón de voces
que nos trepa por las piernas hasta dejarnos los pensamientos
lentos de fantasmas.

—Por acá sacaban los cuerpos
los usurpadores de cadáveres —dice Duarte,
y su rostro brilla como una antorcha
detrás de una ligera máscara de plomo.

Antimotines

I

La diana fue a las tres de la mañana.

Una ducha colectiva nos desvistió del sueño

y la luna

amarillenta

se coló entre las manchas

de nuestros uniformes de guerra.

El sargento Maldonado dio la orden

y los soldados marchamos

como moscas

con la bayoneta atada a la punta de los fusiles.

Una nube de fuego aulló adentro de las bocas

aprisionadas por las máscaras antigás.

El lanzagranadas mordió el aire una vez más

y le dio a la madrugada un hechizo de extrema palidez.

Un alud de truenos secos
sacudió el batallón.
Nuestro baile “antimotines”
nombró cada uno de los miedos.

Todo fue inútil,
excepto porque nos acostumbramos a desayunar
Agente Irritante CS con huevo duro y jugo de naranja.

II

Un par de años después,
el peso del mundo o la gran transparencia
me colocó al otro lado de las filas.

La movilización estudiantil,
los conciertos de guitarras eléctricas
y las consignas en la Plaza de Bolívar
me devolvieron el mortífero gas al cual ya era inmune.

Corrí por la carrera Séptima
huyendo de la sal.
Vi a mis compañeros desaparecer para siempre
adentro de las tanquetas antimotines.

Al final,
escuché una voz queda
anunciando mi implacable destierro:

aprendí que la vida
siempre viene envuelta en papel de aluminio.

Campo de concentración

Francisco era un hombre reflexivo,
pintaba tanto como fumaba papeletas de bazuco.
Despertaba al atardecer igual que un espejo
picado por el viento y reflejaba toda la sordera de la noche.
“Yo nací en un hogar sin padres,
en una época en la que no había oportunidades.
Me volví rebelde y me tiré a la calle”.
Un bosque en llamas rugía adentro de sus cuadros.
Una tarde estaba tan drogado
que intentó robar a un soldado que regresaba de licencia.
La patrulla lo encontró a un lado
de la Plaza de los Mártires con la mitad del botín.
Nunca un hombre recibió tanto culatazo de fusil.

Vi a hombres morir por un disparo
a un lado de los puestos de guardia, vi a hombres mutilados
por la sed de la coca, cientos de papeletas como gaviotas
partiendo el aire y la tierra. En la calle del Bronx
y en el Cartucho se vivía otro combate.

Las patrullas se resumían en abofetear
cada niño dormido en el ardiente invierno del asfalto.

Un viernes de 1999,
los viejos trastes y sus carritos de supermercado
desataron una caótica ofensiva
enfrente de la Compañía Ayacucho.
“Los locos” del Cartucho incendiaron la ciudad,
el día fue un hombre negro
jalonando los automóviles de la avenida Caracas.
Las piedras alumbraron
el cielo como bengalas lanzadas por el color
de la desesperanza. Alguien se paró en medio
de la estación de servicio Texaco
y le prendió fuego a un distribuidor de gasolina.
Nosotros lanzamos tantas granadas de gas
que el viento terminó por arrodillarse
para suplicarnos un poco de gratitud.

Fue el final del comienzo,
la procesión de los bastones rotos.

No hace falta disparar,
basta mover la piedra un poco para que se levante
un rumor descalzo de palabras
que siempre son nuestros torpes pasos.

Primer disparo

El primer poema

lo escribí en una garita de guardia
en el Batallón de Policía Militar N° 13.

Tenía dieciséis años, un rifle y una pluma.

Era el tercer contingente de 1998
y el eje transversal de la tierra
me daba un instante preciso.

No sabía lo que era la poesía,
pero lo sabía.
No había leído a Georg Trakl, Olga Orozco,
José Manuel Arango, mucho menos
a Vladimír Holan,
pero los había leído.

Un temblor en la pupila,
el fuego tutelar del sueño,

Fueron los primeros dardos
 lanzados hacia ninguna parte,
la piedra que soltamos
 lentamente al precipicio.

Algo más que huesos,
una pequeña lápida para ser resumida
 como un atónito cruce de disparos.

Desertores

El regimiento apestaba a detergente.

Las insignias militares cavaron un pozo en la mañana
y usamos el Brilla Metal como pasta de dientes.

Después de la guerra

es difícil respirar,
romper el cristal que enluta la voz.

Pero los audífonos

y los walkman de la compañía anunciaron
a La Pestilencia, Darkness
y Metallica en el Parque Simón Bolívar.

Saltamos por la garita Cuatro Vientos

como dos perros abiertos

que se mezclan con el hambre de los largos edificios.

Recorrimos la ciudad en busca del sol.

Alguien puso una mano en mi hombro
y soltó un par de monedas.

Descendimos al parque
igual que dos profetas nacidos de la baba de Dios,
dos soldados atizados por el eco
de las guitarras eléctricas.

La Peste oscureció la tarde con “Fango”,
aunque ésa es otra historia.
Darkness nos lavó la risa con una pavada de cuervos.
Cada hombre y cada mujer
desataron los hilos de su espalda,
abrieron sus pieles
y salieron de sus propios cuerpos
con “Master of puppets”.

Un tornado de campanas,
un nido lleno de escapularios
multiplicó la vigilia.

Corrimos como locos al filo de la música,
saludando las lágrimas
y la metralla perdida afuera de las bocas.

.....

Regresamos al batallón
con una luna a medias,

pero un héroe de la patria
le contó nuestra huida al sargento Maldonado.

El látigo de la infantería
nos mordió una vez más las carnes.

Entonces,
cuando mis brazos ya no podían hacer otra lagartija,
pude leer
en la pupila alta de la noche
nuestra inmensa victoria.

La Pestilencia

Una ráfaga de música
levantó el plomo de las botas.
El combate dio inicio
en un único acorde
y los proyectiles
imitaron el vuelo
de las partículas de gas.

El pogo iluminó los cuerpos
igual que una ametralladora M60 a la madrugada.
El Parque Simón Bolívar estalló
en un movimiento de tierra
y dividió el día en dos tajos de cielo.

El sueño nunca es lo que parece,
o es sólo la medida inútil de la ausencia,
así como son dos soldados
que despiertan una mañana y escapan de la milicia
para ir a un concierto hardcore punk.

Simplemente soltamos al aire
nuestros uniformes de guerra, el aroma tibio
de los morteros rasguñando la piel,
y gritamos
con un sol de rabia quemando nuestros bolsillos:

“Por las medallas de tu país:

¡Soldado mutilado!”.

La fe

A veces, en alta madrugada,
con la almohada encendida por el rumor
de la metralla,
me soñaba despierto al caminar
por la Avenida 19,
Ronnie James Dio en los audífonos,
una cerveza en Inquisition Bar,
y la gravedad de la hoja como un pañuelo blanco
sobre las cicatrices.

A veces,
cuando prestábamos turnos de guardia,
doce horas seguidas en el Hotel Tequendama,
el rifle erguido como un niño oscuro,
y veía pasar a las muchachas con sus secretas sonrisas,
me agarraba una pacífica vergüenza,
una breve excitación igual a un amuleto
tirado a propósito,
a un lado del camino.

Era la negación de estar presente.

Un día,
el teniente Martínez nos hizo
hacer tantas flexiones de pecho que los soldados
terminamos por quedarnos quietos, fijos
como estrellas vacías.
La revolución las monedas rotas hizo fe en el acto,
y masticamos una por una cada orden
hasta escupirlas con rabia al suelo quemado
por nuestras malas costumbres.

Nos doblaron los turnos de guardia, nos hicimos
transparentes por la falta de sueño. El casco de la guerra
suspendido entre las nubes, los rostros amputados
por el precipicio de las horas.

Pero la lápida del tiempo borró las iniciales,
y densas telarañas cubrieron el batallón.

El filo de la bayoneta encendido por el temblor del paraíso
nos hizo inocentes por primera vez,
en medio del polvo,
adolescentes exhumados por la gloria de la derrota.

Literas

Incluso cuando cargamos en las patrullas nocturnas
la herida intacta del amor,

incluso cuando abandonamos el puesto de guardia,
crecidos en el centro del aire,

incluso cuando las huellas del campamento enemigo,
bandean de un lado a otro nuestra condena,

incluso cuando el estrés de los baños públicos
se aferra a las tristes costumbres,

la cama
le roba al soldado su peso,
se tiende
para que asistamos,
una y otra vez,
al fin ocioso del mundo.

La cama
le quita a Dios su envoltura
y nos ofrece la bondad de una sopa de sueño.

.....

Entre las sábanas
comidas por las polillas,
sólo la muerte ocupa mi lugar.

Instantánea

Las horas se repetían a sí mismas
enfrente del Hotel Tequendama.
Un gringo de ojos amarillos,
que no paraba de mirarnos y comentar cosas
con una pelirroja que inundaba el sol con su perfume,
nos pidió en inglés o en alemán
una fotografía con él a la mitad.
Enfilamos nuestros fusiles
y los cascos resplandecieron
como una piedra embetunada por el desagüe
de la muerte.
Arévalo apenas le llegó a la cintura
al gringo de ojos amarillos que nunca sonrió
ante el *flash* de la cámara.

El sargento primero, de apellido Linares,
era el fotógrafo del batallón.
Los soldados, cargando los morteros
o las ametralladoras M60,
formábamos con ansiedad delante de la cámara.

Las poses de combate bien podrían
llenar los pósters de *Full metal jacket*
o *Apocalypse now*.

Ya en terreno, en medio de la milicia,
con los polígonos en frente de lucha,
las pistas de entrenamiento militar y el asalto
a muerte sin armamento, el sargento Linares
no paraba de abrir los ojos
y obturar el epitafio de cada soldado.

Era la escritura de Dios,
un juego de niños
que hoy inunda el viejo álbum familiar y expande
el ruido vaporoso de las catedrales.

Yo juego con el destino,
también nosotros llenamos ahora Facebook
con *selfies* disparadas en Auschwitz,
El Salado,
la Franja de Gaza o Alepo.

La guerra es una palabra fotogénica.

El día D

El pelotón de relevo llegó justo a las diez.
Con un bozal de tierra,
liberada por nuestros camuflados de guerra,
sellamos la boca lenta del viento
y bautizamos al sol por cada mes de guardia.

Gritamos con los ojos abiertos
para saber que era verdad,
para entender que las esquirlas de la luz
encendían ahora todas sus culpas.

Tenía diecisiete años.
Un tamal de despedida, el diploma
y la libreta militar
—que luego perdí en un atraco callejero—,
me dieron la dignidad del preso
que es declarado inocente.

El golpe de la metralla,
los fusiles suicidas, la morfina

y el relámpago,
se hizo un eco apenas,
un leve empujón para saltar a otro abismo.

Cada quien hizo su suerte,
un jardín sin nombre para respirar
debajo de las piedras,
en medio de las antorchas que sostienen el cielo.

Ignoro lo que soy,
me encojo
para olvidar los clavos arrancados,
el humo de la derrota en el ancho alojamiento
de la Compañía Ayacucho.

Pero la geometría de la vida aún me trae
el olor del betún y la pólvora quemada.

Inmóvil
es el fósil que fermenta las cicatrices,
la palabra invisible
que ahueca el pasado.

En un ron con Coca-Cola adiviné la madrugada.

Doppelgänger

Quien escribe esto es otro,

No el que va por las calles del centro de Bogotá
desandando la lluvia,

No el que se acuesta cada noche en los bares
a escuchar un rock pasado de moda,

No el que registra desesperadamente las bibliotecas
y busca una palabra que lo nombre,

No el que se espanta con las caras de los edificios
arrugados por una oración impronunciable,

No el que vive en medio de un cielo funerario
y saluda a los árboles,

No el que enciende la computadora a diario
y lee viejos *e-mails* de amores en desuso,

No el que se inmola en los hospitales psiquiátricos
en una súplica de vieja prostituta,

No el que parte hacia las montañas del misterio
custodiando aquello que no tiene un lugar sobre la tierra.

No soy este que se dice adiós a sí mismo.
Escribo con un yo lejano,
con una mano falsa e indefinida.

Se necesitan dos pájaros para completar la vida,
una voz doble para crucificar el vacío.

Es otro
quien se desarma una y otra vez en el mismo poema.

No tengo otro hijo que este yo deshabitado.

Oración

El óbolo de la muerte

me llega como una promesa antigua.

Si he de hablar por los otros,
Señor que vives aferrado
al miedo de los hombres,
si he de cantar por nosotros que
vivimos para encontrar sólo un minuto de sosiego,
habré de ungir mi frente y mis manos
con la dignidad del soldado que no ha sido escuchado,
habré de mirar con la pupila del toro que rompe
el día con su pezuña,
y he de hundir mis manos en una página más blanca
que esta que me dice adiós.

Cada minúscula parte de la guerra
que nos fue dada
la hemos trabajado a tientas,
entre las grietas de la esperanza.

He de apagar el día en la soledad y la ceniza,
beber de una copa común,
y hundir mi voz en esta herida,
donde cada día crece la noche en total abandono.

Vivimos para cerrar el camino,
Señor de las Ferreterías Sonámbulas,
vivimos para cavar una trinchera
en cada hoja de papel que pisamos.

EL RÍO

Yo soy el río que viaja por las calles,
tierra o cielo mojado
Yo soy el río que viaja por los montes,
roca o sal quemada
Yo soy el río que viaja por las casas,
mesa o silla colgada
Yo soy el río que viaja dentro de los hombres.

JAVIER HERAUD

En las noches no nos asomábamos,
nos habían dicho que veríamos
la cara del diablo.

HORACIO BENAVIDES

Un conocido nuestro,
torturado y maniatado que encontraron
muerto en el río.

LA PESTILENCIA
“Balística”

Río abajo

Nunca, te lo digo,
nunca antes los árboles de la noche
fueron más claros.
El parpadeo de las estrellas
se posó directo en la punta del fusil.
Mi compadre Orozco
atinó a tartamudear alguna plegaria
que quedó grabada para siempre
en un palo de mango.

Entonces las reses mugieron
como el pájaro que ha perdido la forma
y el color, y descendieron
con el viento amarrado a sus lomos.

Fueron tres horas montaña abajo,
hasta la orilla del río Camoa.
Tres horas con los labios secos de Dios
silbándonos al oído
la purga de una canción solitaria.

—Anoche un sueño me dijo
que ya estás muerto, Jorge.

—Y tú qué vas a saber, María,
a ti sólo te importan las cuentas,
las sumas que registras una y otra vez
en ese cuaderno que escondes
detrás de los tarros de harina.

—Te lo juro,
a ti te llevaron cuando tenías siete años.
Nunca más supimos de ti.
Te devoraron los largos pastizales
y los fusiles puestos a secar al sol.

—Puro cuento, María,
a ti siempre te gustó inventar historias.

—Nada más cierto, Jorge,
tienes que aceptar que ya estás muerto.

Por eso, cuando entraste por esa puerta
sólo yo te conocí, que soy tu hermana.

—No hables más, mujer. Mira
que en el pueblo
el gallo no ha parado de cantar.

Subienda

Desde lo alto de la sierra
el río viaja
y nombra las cosas
por primera vez.
Sabe que antes del ruido
se llamaba Martha
y fabricaba tallos de luz
para la gente pobre del pueblo.
Sabe que Carlos era ebanista,
que una tarde perdió su salario
y otro poco
en un juego de billar.
El río lo dice y lleva a su espalda
la ráfaga del Galil
que partió en dos la noche.
Recuerda cómo la carne
también es transparente,
igual que el guijarro que lanzo
a sus aguas
y escribe este poema.

Emboscada

“Despierta”,
me silba desde adentro de la casa
un insólito hombre.

Por la selva a medianoche
corren mi mujer y mis hijos.

“Es mejor que se levante”,
dice de nuevo, “el estruendo
y las estrellas aún no terminan
de secar sus pecados”.

Atrás están los platos rotos,
la puerta agujerada,
y las piernas
como dos manecillas
de un reloj
que ha perdido las pulsaciones.

“Es por su bien”, dice
el forastero que tiene un rostro
exactamente igual al mío,
un hombre
que es el mismo que yace sobre el suelo
y no puede dejar de soñarme.

Alejamiento

Cada cosa

siempre busca su lugar.

El colibrí está lleno de flores,
la música alimenta sus vocales,
y los rayos del sol se acomodan como pueden
sobre la alfombra de la tierra.

Pero yo no puedo estar acá,
mis pasos respiran otra luz,
y mi voz no es la que me precede.

Soy la línea que está
entre dos preguntas que se buscan
para dañarse. Una puerta
que divide el tiempo
en dos silencios distintos.

Cada cosa encuentra su molde en el aire,
pero yo, simplemente, no quepo.

Ángel de la guarda

Esta tarde mi ángel de la guarda
vendrá a buscarme.

Desde ya puedo husmear su pluma pestilente
que se cuele por debajo de la puerta,
alcanzo a sentir el peso de su aliento
batiendo un alcohol duro sobre mi boca,
y su piel como una paloma rota llena de chillidos.

No conozco su voz, sólo el sonido
de su mirada compasiva
cuando gira la cerradura al marcharse,
y las pocas monedas que lanza a un precipicio,
sólo para imprimir la marca de la selva
sobre la tez de mi sombra.

Aguardo a mi ángel en esta habitación redonda
para que encienda todas las luces
con la bataola negra de sus alas.

Espero, sí, con tranquilidad,
como la mujer que lanza palabras sordas al espejo
y nunca logra reflejarse. Sí,
soy aquella
que le pule a diario los dientes a la noche,
la que nunca deja de nombrar a sus fantasmas.

Cada quien carga su lección de hambre.

La despedida

La luna es alta,
clara como el espejo.

El hombre cruza la selva
sólo con su sangre
mordiéndole la camisa.

Vengo de morir,
de raspar la hoja
como quien despluma
estrellas.

Atrás están mis pasos:
son el resumen de una piedra
que no tiene raíces,
la teoría de los días
que siempre anuncian
una despedida.

Nada existe debajo de la tierra,
todo se parece a esta jungla oscura.

Vengo de nacer,
de dibujar la palabra olvido
en la cicatriz de unas manos.

En su casa,
ni su mujer ni sus hijos
supieron escuchar su plegaria.

Silogismo

Nos dan un mapa para señalar la guerra,
pero aquí sólo hay pensamientos
fijos como una ceiba seca sobre los largos pastizales.

Hay quienes han visto el perdón
detrás de una lámpara rota, pero sólo
es un círculo, una breve línea que no tiene
un comienzo o un final.

Pero es Dios quien nos visita
en la madrugada, quien muerde la soga
con la que atamos nuestro cuello
y nos obliga a amar ese imposible
que es la metafísica del sueño.

“El pueblo lleva su hambre a todas partes”,
dicen quienes conocen la perfección de lo efímero.

Morir es llanamente nuestra cuota de silencio.

Los otros

Tiré la puerta

con la culata del AK-47.

La noche apenas respiraba.
Adiviné la habitación
donde un muchacho
se arrodilló sobre todos sus santos.

El tiro de gracia
lo lancé más abajo de sus palabras.

Levantamos los cuerpos
con la vehemencia de un avaro.
Luego, un tumor en la boca
dibujó una canción improvisada
detrás de un eucalipto.

La montaña,
tranquila como la música,

fue entonces
una mujer agradecida.

Positivos

Con el paso de los meses,
el temblor en las piernas
es apenas un péndulo caído.

Es verdad que los ojos
están llenos de tierra
desde el origen de los tiempos. Ahora
lo sé con certeza.

Desecho mi munición
hacia los árboles
donde las siluetas corren
como palabras cerradas.

El ruido es
un eco lejano,
una oreja sorda que me habla.

Es allí cuando te fundes con la selva,
eres uno y el polvo que desciende
por el sudor de la piel.

Los ángeles son avaros:
escriben con la mano izquierda
cada epitafio.

Índice

PRUEBA DE BALÍSTICA

- 11 Primer día
- 13 Gas mostaza
- 15 Los cuarenta ladrones
- 17 El Borracho
- 20 La guardia
- 22 De patrulla
- 24 Augurio
- 26 Catatumbas
- 29 Antimotines
- 32 Campo de concentración
- 34 Primer disparo
- 37 Desertores
- 40 La Pestilencia
- 42 La fe
- 44 Literas
- 46 Instantánea
- 48 El día D

50 *Doppelgänger*

52 Oración

EL RÍO

59 Río abajo

61 —*Anoche un sueño...*

63 Subienda

64 Emboscada

66 Alejamiento

67 Ángel de la guarda

69 La despedida

71 Silogismo

72 Los otros

74 Positivos



La noche
apenas respiraba, de

Henry Alexander Gómez, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Sofía Soares y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

